ciados, y llenan con su vida páginas admirables.

Del gran Gulliver no se supo que tomara precaución alguna, ni siquiera la muy elemental entre viajeros ilustres, de sospechar que había llegado al país de su destino. Así es que sin cuidarse por nada, siguió de la mano con sus viejas costumbres de grande hombre, haciendo soliloquios en voz alta, dando continuos paseos con las manos cruzadas en la espalda, usando fuertes zapatos con suelas que rechinaran, buscando la soledad en lo más alto de una roca para hacer cálculos laboriosos, poniéndose de mal humor con las cosas pasadas y durmiendo vestido en cualquier parte.

Para los enanos, seres desdeñados y mal vistos por los hombres, estas eran señales seguras de que a su país había llegado un enemigo y como para distinguirse de los humanos han convenido en ser tímidos y crueles, desde luego se prepararon a la lucha. Mientras el gran Gulliver, en un buen medio día, tomaba, como un héroe victorioso, su almuerzo abundante al pie de una copuda haya y corregía su itinerario en un viejo cuaderno, el enjambre de pequeños hombrecillos entraba en una actividad creciente y prodigiosa. A poco se vió una infinidad de hilos delgados pasar sobre el cuerpo de Gulliver, cuando gustaba ya de un dulce sueño bajo el haya frondosa, con las puntas de los pies hacia el cielo como un elegido, y unos operarios subían a él con pequeñas escalas, mientras otros sujetaban fuertemente las extremidades de los hilos a una gran cantidad de pequeños postes clavados en el suelo. De esta suerte el cuerpo de Gulliver, en corto tiempo, quedó sujetado a la tierra por una inmensa red de hebras de hilo, y cuando despertó se encontró preso y vencido, obligado a arrastrar la dura esclavitud de los enanos.

Una vez, en el mercado, oí decir a un niño vagabundo frente a un puesto de naranjas que hacía brillar el sol: «Si yo fuera el dueño de esas lucientes naranjas, me creería poseedor de un montón de hermosas bolas de oro».

MARIANO SILVA Y ACEVES

(Del libro *Animula Vágula*. México. 1919).

Costa Rica en el exterior

(En esta sección recogeremos cuanto de Costa Rica se diga afuera, de sus cosas, de sus hombres. Agradeceremos, por lo tanto, cualquier noticia, cualquier referencia que al respecto se nos dé).

ENSAYO
SOBRE EL POETA RAFAEL CARDONA

Por N. Pacheco.—Costa Rica.

En este voluminoso Ensayo resplandecen no comunes dotes de percepción crítica y de facilidad de expresión por más que en él se haga uso en demasía de citas de autores extranjeros que acaso no había para que traer a colación. Achaque es éste muy común de jóvenes que, al principiar su carrera, pretenden suplir con una fofa erudición libresca cualidades de observación y de análisis que sólo pueden aquilatar y ensanchar los años y la experiencia. Y no lo digo por el escritor costarricense que motiva estas líneas, pues en todo el curso de su meritorio trabajo, no obstante las numerosas citas a que recurre para justificar algunas de sus apreciaciones, se palpa que hay en él condiciones de un talento ágil y flexible que le permite entrar con pie relativamente seguro y con criterio propio en una serie interesante y jugosa de muy bien depurados y fundamentales juicios. En lo que toca a la personalidad de Rafael Cardona no puedo confirmar o discutir lo que dice de este poeta, pues conozco poquísimo de su celebrada producción rítmica. En materia de poetas soy quizás exageradamente descontentadizo. Son muy escasos los que me satisfacen plenamente, y eso que siento cada vez, con muy potente fuerza íntima, la seducción noble y arrullante de la excelsa poesía...

Peeta verdadero es únicamente para mí el que vive intensamente su poesía. Esta debe ser, en todo caso, cabal expresión de su vida. La única fuente de poesía es la vida poderosa y personalmente sentida. Fuera de esas condiciones podrá haber y hay versificadores fáciles, espontáneos, elegantes, pero no verdaderos poetas. Conocí uno amante impenitente del licor, apasionado de las mujeres fáciles, que reveló una extraordinaria dualidad en cierto concepto desorientadora para no pocos espíritus superficiales. En pocas de sus composiciones dejó dilatarse con entera libertad su yo sensual, acaso por miedo de convencionalismos de carácter ético muy poderosos en la vida social. Pero en ellas se revelaba todo entero, en su cabal integridad personal. La mayoría, sin embargo, lo juzgó por otros versos suyos, los más numerosos acaso, pero que en realidad sólo eran productos de artificios puramente imaginativos. Tomáronse meras exterioridades más o menos brillantes de su expresión poética por realidades de su mundo interior y se equivocaron grandemente. Su positiva, su intensa, su real visión poética estaba y está solamente, en los versos llameantes en que, una que otra vez, en circunstancias especiales, puso en íntimo acuerdo esa visión sensual de las cosas con el fondo de su vida, despreciando momentáneamente preocupaciones de una absorbente e imperante ética social...

Este trabajo es digno de conscientes

ANONIMA

¿En donde está la maravilla, en dónde,
de aquel semblante que pasó tan bello?...
Lo evoco en la obsesión de su destello,
lo llamo siempre, pero no responde.

Pasó única vez, y al momento mismo
nunca la vi más; fué divino espanto
en una procesión de jueves santo,
un bólido de amor en mi idealismo.

¿Fué una ilusión? No, una mujer sencilla.
¿En qué lugar se encontrará del mundo?
¿O en cual estrella del azul profundo?

¿En dónde estará hoy la maravilla
de aquella que fué instante para amarla
y es un siglo de pena en recordarla?

JOSÉ OLIVARES

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "